

# La doble de sí misma

( CUENTO )

Por Manuel Tribarren



Los últimos encantos de Luisa Utrillo marchitábase día a día en la urna de cristal de la taquilla del Metro. Las exigencias del servicio consumían las mejores horas de su existencia. En cotidiana lucha con la intemperancia del público, su simpática sonrisa se iba momificando, estereotipando. Conservábase en el rostro, pálido y mate, como una flor de invernadero.

Luisa asistía, resignada, al triste ocaso de su juventud. —¡Si me hubiese usted conocido antes de la guerra!— solía repetir con nostálgico acento. Y en su humilde expresión quería mostrarse como síntesis personal de los padecimientos y privaciones del Madrid rojo, durante veintiocho meses de inexorable asedio. Unas canas prematuras e indiscretas ponían brillos alarmantes en su rizosa cabellera endrina.

La vida de Luisa Utrillo dividíase en dos etapas o zonas radicales y opuestas, que constituían su cara y su cruz. De un lado el ensueño, con su florido cortejo de ilusiones; del otro la realidad, fría, escueta, matemática.

El ensueño se le ajó en los años difíciles de la guerra y ahora vivía sometida a imperativos materiales, sin evasiones posibles al sentimiento puro. Dijérase que por una y otra causa se le había achicado el corazón. Lo colmaba, en su menguada apetencia, cualquier suceso vulgar como acaparador de alegrías

en franco declive. Estas reducíanse a la emoción que proporciona un vestido nuevo, a presenciar una buena película, a la lectura de una novela de amor prestada o a pasarse una tarde de tertulia y merienda en el café con las amigas, aprovechando el día semanal de asueto.

La realidad la constreñía a estrecheces de espacio y a límites económicos angostos. Una modesta habitación interior subarrendada, con derecho a cocina y una parvedad ascética en la alimentación impuesta por los escasos medios de que disponía. Era pobre, vivía sola y el sueldo no daba para más. Aquel cuarto, frío en invierno y ardiente como un horno en verano, sabía todo cuanto se podía saber de sus intimidades y esperanzas.

Luisa no era vieja, no podía considerarse vieja todavía. Con sus treinta y pico de años, estaba físicamente en la plenitud —en sus momentos de optimismo procuraba convencerse de ello— y confiaba en el porvenir que acaso le reservase realidades halagadoras. ¿Por qué no, si se lo merecía? Los pasados sufrimientos, tan hondos, le habían envejecido el alma ciertamente. Por otra parte, la atmósfera caótica y agobiadora del Metro que, con trasuntos reumáticos, le arrebató el color de las mejillas, tampoco era la más adecuada para su resurgimiento espiritual. Aquel incesante desfile de caras nuevas e indiferentes sumía sus sentimientos, adormecidos por el narcótico de la imprecisión, en la apatía. Extraviada como un objeto perdido entre aquella balumba de gente desconocida que se agitaba a sus ojos yendo y viniendo y entrecruzándose a modo de marionetas a quienes se les enredaran los hilos rectores (—¡Ventas...! ¡Tribunal...! ¡Atocha...! —) uno de quince...! ¡Dos de diez...!) nadie ni nada llamaba su atención ni conseguía penetrar más allá de su epidermis.

Pero aconteció un hecho, al parecer intrascendental, que empezó por fijar sus sentidos y no tardó en interesarla vivamente. Ocurrió esto pocos meses después de que las tropas nacionales liberaran a la capital de España.

Todas las noches, pasadas las diez, cuando la estación en que Luisa prestaba sus servicios se descongestionaba de público, presentábase en la taquilla un distinguido caballero vestido de luto. Extraordinariamente alto y con las sienas grises, representaba esa edad crucial que oscila entre los cuarenta y los cincuenta años y que hace tan atractivos a los hombres, en opinión de las adolescentes y de las mujeres maduras. Acaso tuviera las cejas excesivamente pobladas y la nariz demasiado puntiaguda. No obstante, de toda su persona trascendía un aire melancólico y opaco, tan sugestivo como misterioso.

Siempre con la misma amable expresión y siempre sin compañía, el caballero enlutado solicitaba su

billete y, luego de consultar el reloj de pulsera, perdíase escaleras abajo con pensativa lentitud, empañando por unos instantes el brillo de los azulejos.

Pronto advirtió Luisa que los ojos de aquel hombre la miraban con insistencia. Se sobresaltó. Extrañada al principio de ser objeto de curiosidad para alguien, un creciente y mudo interés por el alto caballero de luto agolpó en su imaginación una serie de preguntas. ¿Quién sería? ¿Por qué se había fijado en ella? ¿Viudo? ¿Soltero? ¿Pobre? ¿Rico? ¿Sentimental? ¿Desgraciado? ¿Feliz?...

Debatiéndose en un agitado mar de conjeturas. Luisa descubría por primera vez entre la muchedumbre que desbordaba a diario las galerías del Metro, un ser de carne y espíritu, una persona definida y por definida digna de atención, como recién emancipada del mecanismo deshumanizante de la ciudad.

En el curso de las noches, las miradas de aquel desconocido se tradujeron en leves sonrisas. Y las sonrisas acabaron ilustrando un expresivo —¡buenas noches!— inefable, casi balbuciente, acompañado de una ligera inclinación de cabeza que a Luisa transportaba, en mágica levitación, a una especie de Nirvana deleitoso, hasta entonces por ella no presentado ni imaginado. Las nuevas sensaciones que a su conjuro experimentaba parecían rejuvenecerla, transformándola como por ensalmo en otra mujer.

Se dio a pensar en la posible filiación del desconocido. Que era un hombre elegante y de posición desahogada, saltaba a la vista. Quiso suponerlo sentimental y desgraciado. La dulzura de sus ojos lo proclamaba. Pero no se atrevió a asegurar que fuese soltero o viudo. Quizás estuviese casado. Pero ¿con qué fantasma de esposa que siempre se le veía solo? La razón de que se fijara en ella no podía ser otra que acaso Luisa, en su insignificante vulgaridad, le gustase. Ella estaba convencida de que no todas las gentes veían las cosas a través del mismo prisma. Muchas mujeres del montón se casaban, y se casaban bien, y eran felices, porque sus novios y maridos las miraban no con ojos ajenos sino con ilusión propia. Descartó la idea de que fuese un hombre deprimido. Todo en su grave aspecto hablaba de integridad moral y de buenas costumbres.

• • •

Como viajero asiduo del Metro, el caballero de luto era constante y puntual. Pero una de las noches se retrasó incomprensiblemente. ¿Qué podía haberle sucedido? Un fruncimiento de cejas ensombreció la expresión de la empleada, que se creía con derecho a insinuar reproches al vacío y aun a exigir explicaciones por aquella falta de formalidad.

A las once y media en punto el desconocido se presentó delante de la taquilla. Venía solo, como todas las noches. Luisa creyó observar que traía el sombrero ladeado y que los ojos le brillaban con sospechosa animación. Lo que acabó de desconcertarle fue el clavel blanco que, como indicio de francachelo reciente, ostentaba en la solapa izquierda de la americana. Lo inadecuado del adorno en un hombre tan grave como él le produjo mal efecto.

—¡Buenas noches, señorita! —saludó el viajero con la sonrisa a flor de labios, echándose la mano vagamente a la sien como si se dispusiera a seguir aventando sus canas.

Por toda respuesta, Luisa oprimió el consabido botón y, previo traqueteo mecánico, el ticket de quince céntimos, anticipándose a la solicitud, surgió a los ojos del enlutado caballero por la ranura.

—¡Perdone...! Hoy de quince, no... Déme uno de treinta...

Luisa toda azorada rectificó su error sin apartar la vista del teclado. Y al conectar su pudor con su bochorno se le encendieron momentáneamente las mejillas. Pero su aturdimiento subió de punto cuando vio que el desconocido, quitándose el clavel de la negra solapa cuidadosamente para no deshojarlo, se lo ofrecía obsequioso y galante.

—¡Hasta mañana, señorita...! ¡Que usted descanse...!

Luisa, el clavel en la mano, le siguió con la mirada, perpleja y muda. La flor conservaba toda su lozanía como si acabase de ser arrancada de la tierra. ¿En qué nocturno jardín de frivolidad lo había cosechado?, se preguntó apenada.

El clavel olía intensamente a primavera. Luisa recordó entonces que arriba en la calle y en los paseos era primavera. Una extraña fatiga aplanó su cuerpo y le entristeció el alma. Por aquellos días el pueblo madrileño celebraba la tradicional verbena de San Antonio de la Florida y la gente, en espesos racimos, había tomado al asalto el Metro desde la caída de la tarde, dejando en los coches una estela ruidosa y sudorosa que sabía a fritanga y a churros con el sonoro aditamento de los pitos del Santo.

• • •

Al mes siguiente hubo movimiento de personal en la Compañía. El servicio era el servicio y a Luisa la mandaron trasladada temporalmente, con profundo sentimiento por su parte, a otra estación del trayecto. Fue como si le guillotinaran la ilusión o como si de repente le despojases a su pobre y monótona existencia de sentido y finalidad. Le asustaba pensar que acaso ella y el viajero desconocido no volviesen a encontrarse nunca y que él acabara de convertirse fatalmente en un espectro más, como tantos otros, desvanecido en el recuerdo.

Una noche a hora avanzada, Luisa después de cerrar la cuenta y recoger sus bártulos menudos tomó el último convoy en dirección a su casa. No podía disimular su mal humor. Le habían faltado cinco pesetas en el arqueo, cosa que solía ocurrirle algunas veces y que no tenía nada de extraordinario dada la creciente aglomeración de público; pero las cinco pesetas le serían descontadas a fin de mes y esto hería su amor propio, al par que le perjudicaba el bolsillo.

Absorta en estas pequeñas cuitas —para ella grandes— Luisa Utrillo hizo trasbordo en Sol. Arrellanada en el último coche, fijó su atención en un viajero —el único viajero— que iba sentado al otro extremo del vagón. Parecía interesado en la lectura de un periódico. Emocionada y confusa, reconoció en él al elegante y enlutado desconocido que una semana antes frecuentaba su taquilla. Descendieron en la estación de Quevedo, cada cual por su respectiva puerta, para coincidir en el primer tramo de la escalera.

El caballero, al reconocerla, la saludó amable, cediéndole el paso con un gracioso envite, modelo de corrección.

—Hola, buenas noches.

Luisa contestó al saludo risueña y levemente sonrojada.

—¿Qué es de su vida? ¡Tanto tiempo sin verla! Por lo visto nos ha abandonado usted.

—Sí. Ahora estoy en la estación de Tribunal. Creo que por este mes sólo.

—¿Vive cerca de aquí?

—En Galileo.

—¡Qué casualidad! Yo vivo en Vallehermoso. So-

mos casi vecinos. Si me lo permite, la acompañaré.

—¡Oh, no! ¿Para qué va a molestarse?

—No es molestia. Al contrario.

Salieron del Metro juntos. El empleado de la limpieza cerró la verja plegable tras ellos. Pero tuvieron que cobijarse en el quicio de la primera puerta que encontraron a mano porque comenzó a descargar repentinamente un chaparrón veraniego que saturó el ambiente de un aroma penetrante a jardín regado y a campo fecundo.

—Es bonita la lluvia en junio. Bonita y poética.

—Cuando no se pone cargante, sí.

—Tiene usted razón. Pero los chubascos y aguaceros lavan la atmósfera y pasan pronto.

Reanudaron su camino a los diez minutos. En aquel lapso de tiempo ni uno ni otro acertó a enhebrar la aguja que afianza el respunte de la conversación. Salpicaduras de diálogo y socorridas respuestas sin conexión posible llenaron mal que bien el hueco que los distanciaba.

Luisa advirtió de pronto que el caballero había cambiado de expresión, clavándole los ojos con la misma fijeza inquietante que la turbara en otras ocasiones a través de la ventanilla.

—Perdóneme, señorita —balbuceó el desconocido con voz trémula—. Comprendo que le debo a usted una explicación por mi actitud desconsiderada y voy a dársela.

—¿Una explicación a mí? No comprendo.

Percatábase Luisa con sobresalto que el corazón se le ponía a cien latidos por minuto.

—No quisiera que usted me confundiese con un tenorio callejero, de esos que operan lo mismo en la plataforma de un tranvía que en la terraza de un café. Los aires de don Juan trasnochado no encajan con mi temperamento... Ya habrá observado usted que yo la miro con insistencia desde hace tiempo.

—Pues la verdad (quería y no se atrevía a decir, la mentira) no lo he observado.

—No me tache de impertinente. Sé que lo soy, pero sentiría parecerle molesto. Esta noche nos ha reunido el azar y si me he determinado a abordarla sin conocerla ha sido por algo tan entrañable, tan íntimo para mí, que no se puede expresar con palabras... Acérquese, por favor y mire esto.

El caballero se detuvo al pie de una farola, sacó su cartera y extrajo del interior una fotografía que Luisa contempló con ojos atónitos. Era el retrato de una mujer joven, elegante, distinguida, no muy hermosa. Dijérase su propia imagen. A no ser por el peinado y por cierta enfermiza languidez que le apagaba la expresión, cualquiera la hubiese confundido con ella. Realmente el parecido era asombroso.

Un poco desconcertada, Luisa miró a su interlocutor sin saber qué hacer o qué decir.

—¿Alguna... novia o hermana de usted? —pudo preguntar al cabo, vacilante.

—Mi mujer. Mi esposa. La pobre no pudo sobrevivir a las privaciones de la guerra y se me murió la víspera de entrar las tropas nacionales en Madrid. Ella ha sido el único amor de mi vida... Imagínese mi emoción al verla a usted por primera vez. Creí que mi Gloria había resucitado y hubo un momento en

que todo me dio vueltas. Llegué a perder la confianza en el testimonio de mis sentidos... (un trémolo creciente alteraba su voz). Usted sabrá perdonarme esta expansión, señorita... No se pueden poner diques al sentimiento... Buenas noches... Muy buenas noches...

Luisa hondamente impresionada por las últimas frases del desconocido, impregnadas de una delirante vaguedad, le vio doblar la esquina de la calle Rodríguez San Pedro, sin volver la cabeza, como una sombra furtiva.

• • •

Al mes siguiente la reintegraron a su puesto habitual. Media hora antes de dar las diez, la modesta empleada no podía dominar su nerviosismo. Consultaba el reloj a cada paso y sus ojos, impacientes, permanecían al acecho, escrutando entre la muchedumbre, muy nutrida por ser víspera de fiesta.

A fin de acentuar su semejanza con la difunta esposa del caballero enlutado, Luisa modificó hábilmente su peinado ante el espejo, sacándose una onda que le cubría media frente. Tal como la vio en la fotografía que él mismo le mostrara aquella noche inolvidable de su fortuito encuentro. ¿Qué efecto le produciría la imitación? Acaso le sorprendiera gratamente o acaso avivase su profunda melancolía. Esta súbita sospecha le hizo arrepentirse de su bien intencionado capricho que podía resultar a él doloroso. Pero era ya tarde para rectificar.

Apenas la estación empezó a descongestionarse de público, el caballero viudo, acreditando su puntualidad, se presentó en la taquilla distraído. Al fijar los ojos en Luisa, con la que sin duda no esperaba encontrarse, se quedó inmóvil. Inmóvil, pálido y boquiabierto. Su perplejidad duró sólo un instante. Como ella le sonriera, pudo susurrar emocionado a tiempo que retiraba su billete:

—¡Gracias, señorita! ¡Muchas gracias...!

Y recatando su emoción, desapareció en el fondo de la escalera, inexpresivo como un sonámbulo.

La compañera de trabajo de Luisa, una solterona entrometida y destripacuentos, le preguntó con acritud:

—¿Qué le has dado a ese señor para agradecer-telo así?

—Las buenas noches.

—¡Ah! Por el tono, creí que algo más que las vueltas del duro.

Luisa no replicó. Sentíase satisfecha de su experimento. Ya tenía una misión sentimental que cumplir, un papel que desempeñar en el mundo, adecuado a su naturaleza femenina y a su soledad.

En lo sucesivo consagraría lo mejor de sus horas a reavivar el recuerdo de la amada difunta en el corazón de aquel hombre elegante, fiel y correcto. Con tal verismo, que sugestionada por el deseo, no tardaría en creerse la verdadera protagonista de aquel amor humilde, puro, romántico. Como si hubiese despertado a la vida, desposada, tras un largo sueño estéril.

M. I.

Dibujo de Alberto Ollacarizqueta.

